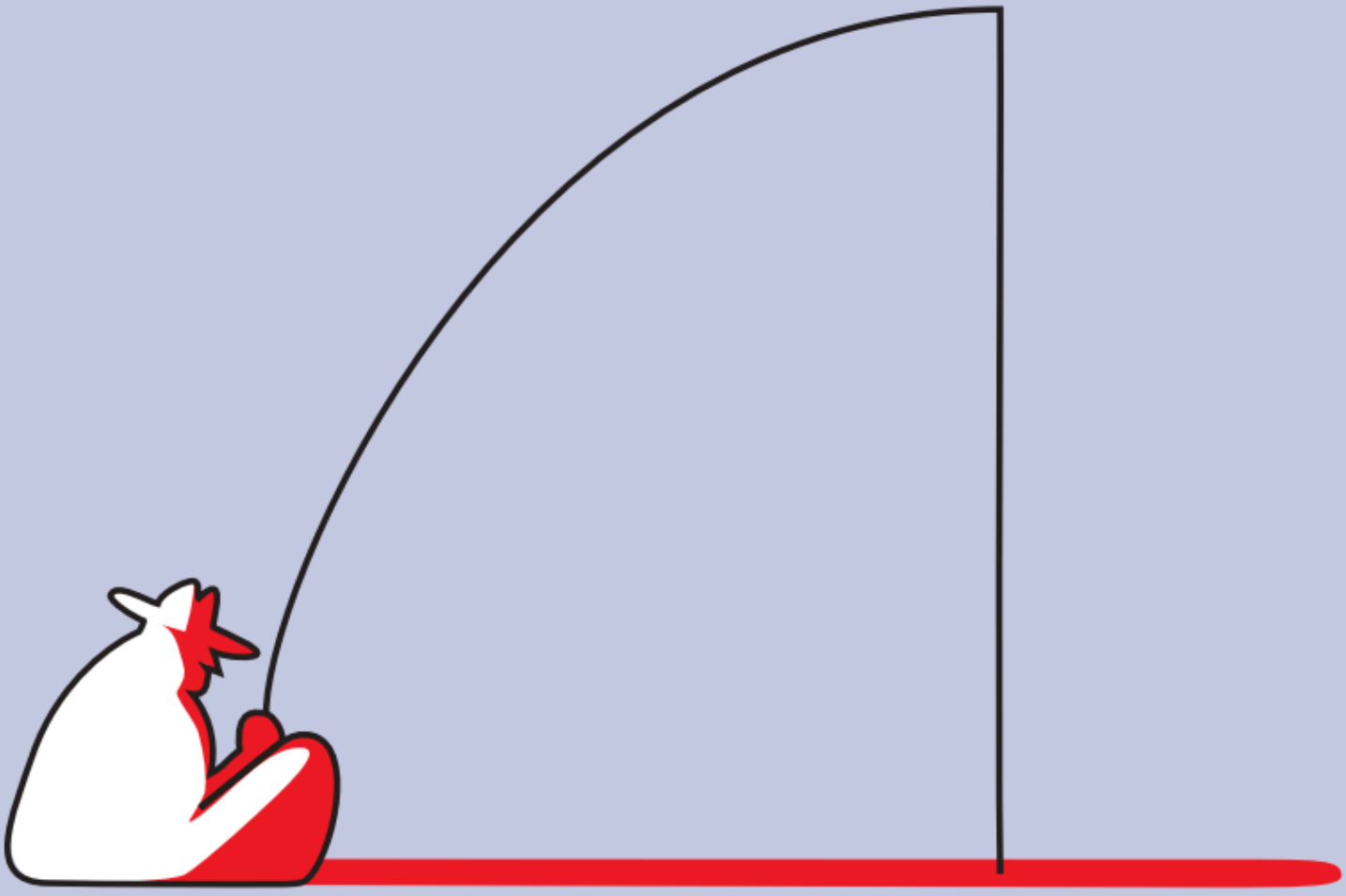
BALADÍ

Nº 26



JUNCO

BALADÍ
NÚMERO 26. NOVIEMBRE/DICIEMBRE 2025

UNIVERSIDAD PARA MAYORES
baladi.um@ucm.es

COLABORADORES

Leire Abadías, Ramón Alcarria, Manuel Álvarez Junco, José Luis Amo, Lola Azcona, Léa Castaños, Begoña Cistué, Caridad de las Heras, Juan Antonio Fernández, Pilar Gálvez, Maribel Gavilán, Diego Jiménez, José Antonio López, Jaime Madirolas, Darío Márquez, Manuel Megia, Cinthia Nicolini, Paula Núñez, Luis Miguel Olivares, Alberto Ordiz, Ana Ortega, Jerónimo Román, Águeda Rubio, Fernando Sánchez-Beato.

CONSEJO EDITORIAL

Dirección: Leire Abadías Ibáñez

Subdirección: Diego Jiménez Avendaño

UNIVERSIDAD PARA MAYORES
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

LA ÚLTIMA MIRADA DEL AÑO

«Honraré la Navidad en mi corazón y procuraré conservarla durante todo el año» (Charles Dickens)

El año se inclina ya hacia su última luz, y con ella llegan los días de balance, de recuerdos y de anhelos. *Baladí* despide este 2025 como lo ha vivido: con palabras, imágenes y miradas compartidas que nos han acompañado mes a mes en este viaje colectivo por la cultura.

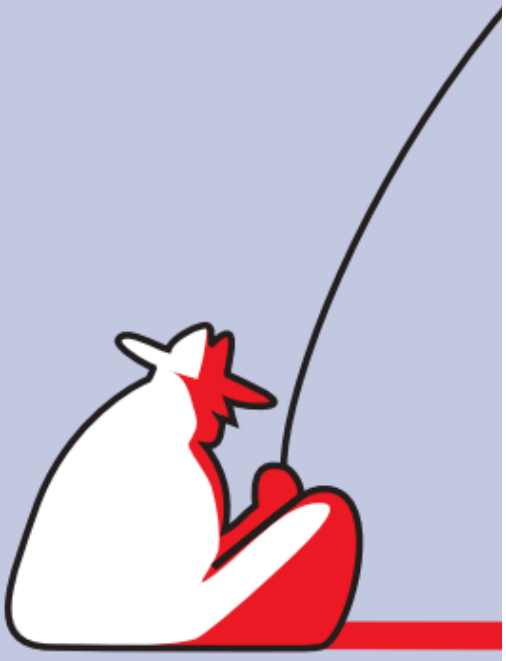
En estas páginas volvemos a encontrarnos en *Voces Propias*, donde las emociones toman forma de relato, poema o reflexión; y en *Páginas Compartidas*, ese espacio donde la cultura se convierte en conversación, descubrimiento y recomendación. Una vez más, cada aportación ensancha este proyecto que no deja de crecer gracias al entusiasmo de quienes escriben, leen y sueñan con nosotros.

Este número tiene, además, un brillo especial. Celebramos la creatividad con la publicación de la tarjeta navideña ganadora de nuestro concurso, símbolo del talento y la ilusión que laten en nuestra comunidad. Un pequeño gesto artístico que se convierte en abrazo colectivo para estas fechas entrañables.

A ese espíritu se suma la fuerza visual de nuestra portada y contraportada, obras de Manuel Álvarez Junco, artista gráfico y profesor de Bellas Artes en la Universidad Complutense de Madrid, a quien agradecemos su generosidad al compartir con *Baladí* una mirada estética que dialoga con nuestras palabras y les da un horizonte nuevo.

Leire Abadías y Diego Jiménez

Consejo Editorial



ÍNDICE

TARJETA DE NAVIDAD

FRANCISCO JAVIER PARDO RÍOS p. 05

VOCES PROPIAS

POESÍA p. 06
NARRATIVA p. 13
ENSAYO p. 26

PÁGINAS COMPARTIDAS

REPRESENTACIÓN TEATRAL p. 30
LITERATURA DE VIAJES p. 32

GANADOR DEL CONCURSO DE TARJETAS DE NAVIDAD

Francisco Javier Pardo Ríos



Grabado calcográfico, aguafuerte y aguatinta sobre zinc

VOCES PROPIAS (POESÍA)

Ramón Alcarria

CANCIÓN DE LA LUNA QUE MIRABA AL SOL

La Luna miraba al niño,
el niño miraba al Sol,
el Sol miraba los ojos
que miraban a la flor.

La flor miraba a la tarde
la tarde miraba al Sol,
el Sol miraba los ojos
que miraban la canción.

La canción miraba al viento,
el viento miraba al Sol,
el Sol miraba los ojos
que miraban a mi amor.

Mi amor miraba la Luna,
la Luna miraba al Sol,
el Sol miraba los ojos,
los ojos que quiero yo.



Fotografía de JOSÉ LUIS AMO

OLAS

Caridad de las Heras

Olas que vienen y van,
de noche, de día...
sin descansar.

Unas veces embravecidas...
otras, calmadas, sin más.
Siempre con un movimiento armónico,
que hacia la Tierra os parecéis adentrar.

Mirándolo detenidamente...
hoy me atrevo a asegurar
que, aunque parece que las olas vienen,
en realidad, ellas hacia el mar se van.

Las olas tiran al mar
como sirenas cantando...
a buscarte vienen.
Para llevarte a su hogar,
¡las olas a mí me estremecen!



Fotografía de la autora

Jaime Madirolas



Fotografía de JOSÉ LUIS AMO

HAY MOMENTOS

HAY MOMENTOS en que pienso
que he equivocado el camino,
que no merezco este sitio
que los dioses eligieron.

Hay muchos días que siento...
que me siento disfrazado
de un personaje ajeno,
dependiendo de unos hilos
que alguien maneja a su antojo.

Camino por las agujas del tiempo
sin un norte al que acudir,
con la cerviz doblegada
y los ojos en tinieblas.

Es un primer paso a dar
que se convierte en el último
para asomarse al vacío
de un profundo precipicio
que conduce al enigma, Señor Juez.

Darío Márquez

LOS DÍAS SIN NOSOTROS

A Noa.

No soy yo quien te ve dejar la ropa,
quedándote desnuda unos segundos.
Tampoco quien te da las buenas noches,
ni quien te acerca el vaso de agua hasta la mesilla
o quien te deja besos por la cama
para que tú no tengas que arroparte.
Cerraremos los ojos en silencio
sin haber comentado y resumido
los sucesos que caben en un día,
quizá porque se trate de otro invento barato
que sacaron las tiendas de colchones,
y ya no compartimos almohada.

Recuerda, ellos ganaron los días sin nosotros.



Paula Núñez

LLANTO



El llanto rompió el silencio,
el sudor se mezclaba con la sangre,
el blanco impoluto se vio violentado.
Movimientos agresivos,
espasmos de dolor.
El cordón de la vida ya no palpitaba,
un solo ser se separó en dos.
Una vida se acalló para darle voz a la nueva.
Llantos se apoderaron de las cuatro paredes,
gritos se escuchaban en la sala.
Penitencia para la nueva vida,
que arrebató el amor de un marido e hijos.
Castigar no tendría sentido,
nadie tiene la culpa,
más que la naturaleza.



CUANDO LA LUZ DEL ALBA ASCIENDE

Ana Ortega

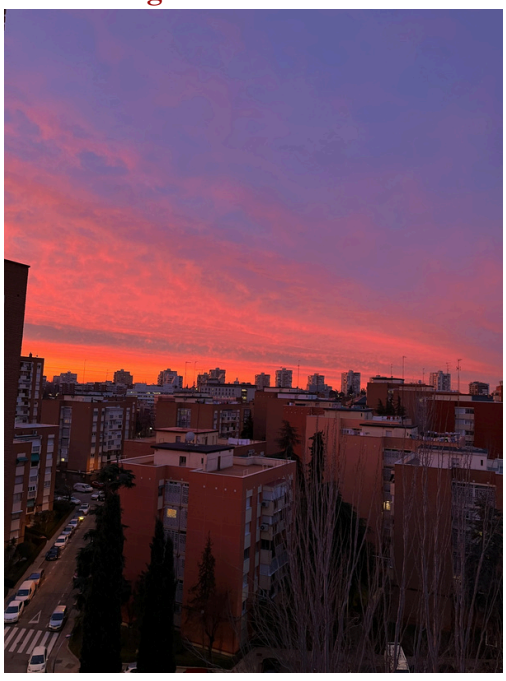
Cuando la luz del alba asciende
te siento como al agua
que a la piedra del río acaricia.
Habito en las raíces que generan con Tu luz
y sobre los brotes renacen.

Silba el viento en la colina
en esta hora en la que un ruiseñor amante
despierta a expresar todo lo que es vida
con sus trinos y todo su candor alado.

Cuando la luz del alba asciende
hallo mi paz y mi sosiego,
calmo mi dolor con la música del campo,
y toda la geografía de mi cuerpo
se une al día como un nuevo abril.

Con las mismas auroras me lleno de presagios.
Un viento suave entre los chopos
anuncia con dulce son
que es el amor lo que importa
en este calendario de los días.

Fotografía de LEIRE ABADÍAS



SEGURAMENTE

Águeda Rubio

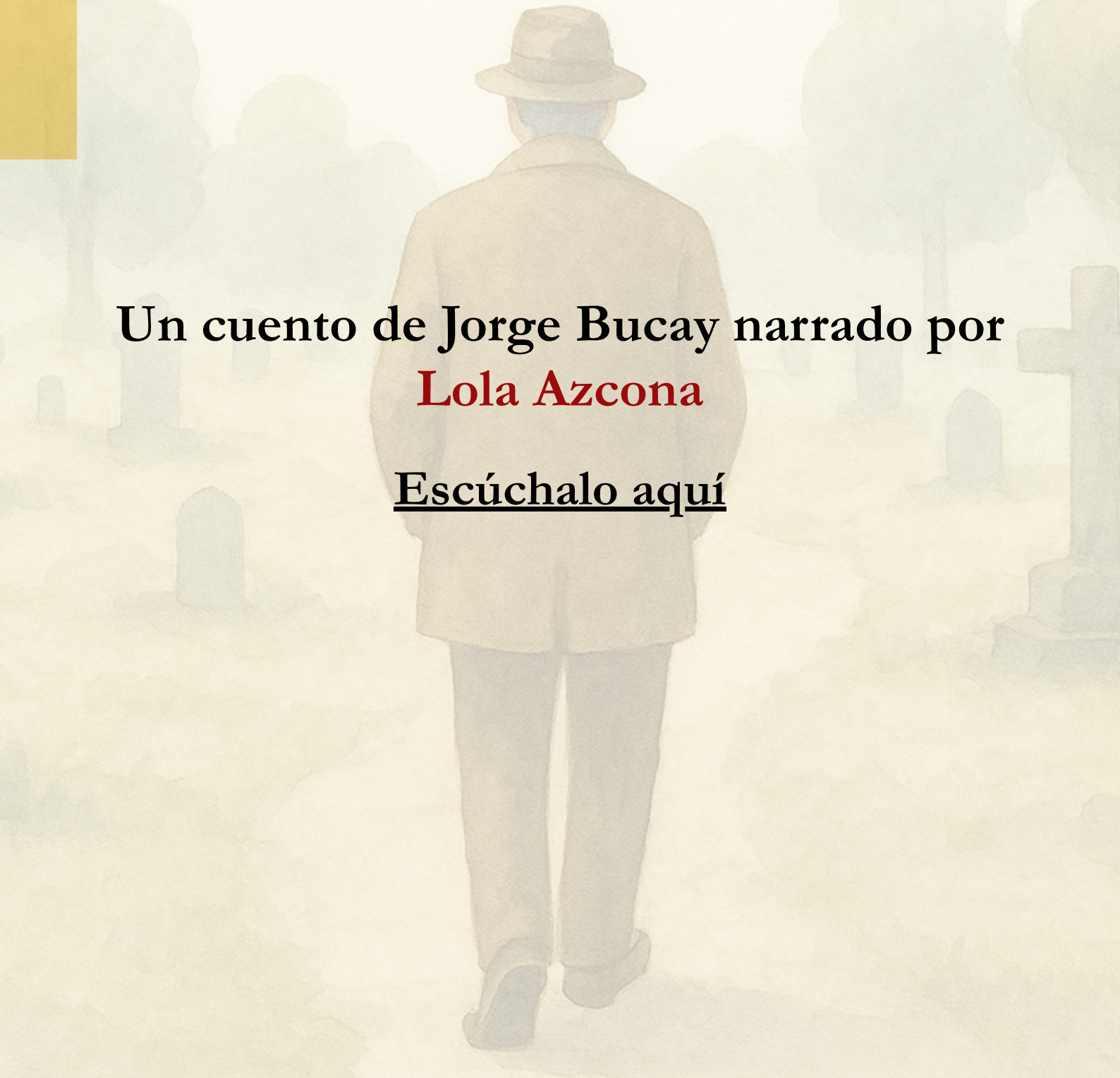
Seguramente ya conoceréis todas las escenas posibles,
el hombre solitario mirando a la mujer
que toma café,
conoceréis a la mujer gorda que se abanica en el metro
y también, posiblemente, al amante incrédulo
que ejerce su destino de no ser visto.
Conoceréis a una familia unida
y a otra desunida,
a un político con cara de póquer
y a otro señalando con el índice.
La niña rebelde y el niño creído también
sabréis quiénes son,
y, si viajáis en metro, recordaréis
a los que asaltan los asientos libres.



Dibujo de PILAR GÁLVEZ

Ya sabréis de casi todo y, si os movéis
otra mañana más, será casi
por inercia: la ducha, el café, vestiros,
ir a trabajar o a correr.
Conoceréis ya casi todo...
Y sin embargo hay rayos que no cesan,
luces misteriosas, palabras como serpientes.
Yo no sé si hoy se me eriza el vello
por algo sucedido o si es otra vez
esta machacona manía
de verlo todo opaco.
No sé si en algún momento lo
volveré a sentir,
este desmayo al verte entrar en el café
como el rey de la Isla de Pascua
solo visible desde las alturas.
No quiero que te integres en la hora del café,
no deseo acostumbrarme a ti.

VOCES PROPIAS (NARRATIVA)



Un cuento de Jorge Bucay narrado por Lola Azcona

Escúchalo aquí

Maribel Gavilán

LA LLUVIA ¿ES MARAVILLA?



Dibujo de LÉA CASTAÑOS

Estábamos muy a gusto. Era una tarde primaveral, temperatura agradable, el cielo azul velazqueño, disfrutando de la compañía después de un largo periodo de tiempo sin vernos. Charla amena y merienda apetitosa en una terraza.

De repente, unos nubarrones negros se apoderan del cielo. Será algo pasajero, pensamos, y continuamos con nuestra agradable conversación.

Poco a poco, se van acumulando más nubes oscuras y se levanta un molesto vientecillo. Decidimos levantar la sesión. Pedimos tranquilamente la cuenta, la pagamos y, relajadamente, nos marchamos.

Según vamos caminando, en nuestra conversación se cuela el cambio que ha dado la tarde.

Dejo a mi amiga cerca del portal de su casa y aprieto el paso para llegar cuanto antes a la parada del autobús. Acelero, deseo que no me pille la tormenta que ya está claro que va a estallar.

Faltan pocos metros para llegar a la parada del bus, comienzan a caer goterones con una intensidad inusitada. Miro a mi alrededor, no hay portales, bolardos, mamparas ni cualquier otro lugar donde cobijarse. Los árboles, movidos por el viento, se convierten en una suerte de ducha que empapa más que dar cobijo. Decido salir corriendo; no es una gran distancia la que debo recorrer.

Al llegar a la parada, estoy calada hasta los huesos, mis pies navegan en los zapatos que casi se han convertido en barcas. El pantalón pesa, la chaqueta envía la humedad hacia dentro.

Esperando, el agua se cuela por los lados de la plataforma. Cuando por fin

aparece el autobús, al subir, el conductor me mira compasivamente. Parece que va a llover, me dice. Sí, eso parece, le contesto.

Cuando por fin llego a casa, ha dejado de llover. Tengo frío. He pescado un resfriado.



Dibujo de LÉA CASTAÑOS

José Antonio López

ELLA...

El sentido común y la ortodoxia decían que no debía, pero ella... Ella era inexorable para mí.

Estaba avisado.

Quienes conocían mi debilidad por ella me advirtieron innumerables veces.

No, no vayas, no te acerques a ella.



Es peligrosa, te dañará, ya lo hizo con otros.

Pero ella… Ella era irresistible para mí.



Un suave «click» suyo y todo se encendía.

Sus labios rojos, cálidos, entornados, perfectos, parecían siempre ávidos por recibirme; me sedujeron desde el primer instante.

Y no, no era nada fácil llegar hasta ellos.

Buscar el momento idóneo, sortear dificultades, en penumbra, en soledad, que nadie sospechara mi destino.

El sentido común y la ortodoxia decían que no debía, pero ella… Ella era inexorable para mí.

Quería quererla cada día, porque quizás a la mañana siguiente desaparecería, y ya sería tarde para ambos.

Y ocurrió lo inevitable. **LO CONSEGUÍ.**

Una tarde, tras un tortuoso y largo viaje, me colé a hurtadillas en su habitación. Sabía que sus seductores labios entreabiertos me esperaban. Llegué hasta ellos y, cuando delicadamente los acaricié, aquella Circe de labios rojos hizo de mí un lechón asado.

Sus labios abrasaban.

Pero ella… Ella pagó caro ese ardiente primer y último beso.

–Al nieto favorito de Antonia Luján nadie le quema sus deditos sin pagar un alto precio por ello –dijo mi abuela.

La vieja Philips, aquella estufa de dos barras incandescentes que tenía mi abuela en un rincón del salón, acabó en la basura, y yo, con su recuerdo grabado a sangre y fuego en mis dedos.

Fernando Sánchez-Beato

HUÉRFANO



En cada entrevista cuento que, de pequeño, ya sabía que estaría entre los elegidos con un sitio en la historia. Pero nunca he confesado a nadie mi debilidad íntima, mi fatiga por aparentar lo que no soy. Desde la tumba, el vozarrón de mi padre me sigue atormentando: «¡A mí no me engañas, eres un inútil!». Su recuerdo marcó mi existencia y, al mismo tiempo, fue un desafío. Él me conocía mejor que nadie y nunca dejó de recriminarme que, por muy bien que llevara la máscara, nunca dejaría de ser un impostor. Y tenía razón. Cuando cada noche me quito la chaqueta con el pecho lleno de medallas, en el espejo sigo viendo al farsante.

¿Para qué negarlo aquí? Mis enemigos no se equivocan cuando me acusan de mentiroso, manipulador y psicópata. Pero sigo engañando a la mayoría; he logrado con–trolar mis gestos, la mirada, la voz..., y los especialistas en lenguaje corporal no acaban de descubrir el esfuerzo de concentración que hay detrás de ese dominio. Me tienen por sereno y equilibrado; pero la energía que preciso para las escenas en público me hace oscilar entre la euforia y la depresión, y cuando me acuesto, solo me alivia recordar los halagos recibidos durante el día.

De niño buscaba el placer de engañar en los exámenes; de adolescente disfruté saltándome los límites de la disciplina paterna y gocé de las primeras experiencias sexuales; luego vino el gusto por ganar dinero... Pero, desde que me pasé a la política, me fui olvidando de los vicios más cándidos, y ya solo busqué el poder: reírme de los adversarios, dar y quitar a los míos, y alcanzar el Olimpo de la mayoría absoluta. Porque ya no encuentro placer en el lujo, ni en las transgresiones del sexo, ni en los paraísos fiscales. En este momento solo quiero poder, más poder, y lo que me inquieta es el esfuerzo por mantener mi imagen. Todo es nervioso, lo sé; pero controlar los apretones de mi intestino en mitad de un desfile o de un discurso me pone en apuros.

Me observo en las noticias de la televisión, y me veo con las cejas arqueadas, sorprendido de que nadie sea capaz de descubrir mis inseguridades; hasta me parece tener ojos de reptil, pupilas verticales, como las de un jesuita. ¿Es que no se dan cuenta? ¿No advierten que

soy un profeta de la tautología; que repito el mismo discurso todos los días o lo cambio sin pudor? ¿No se percatan de que nunca he tenido una idea que merezca ser bordada en punto de cruz? Pero sigo gozando del aplauso de mucha gente que no ve en mí nada sospechoso y me considera un visionario.

El otro día me hicieron la Carta Astral. Enseguida temí que descubrieran al fracasado que mi padre vaticinaba a voz en grito. ¡Qué paradoja! En los astros yo confirmé los rasgos de mi camuflaje e intrusismo, mientras que mis seguidores corroboraron que era un hombre excepcional. ¡Dios bendiga a mi electorado!



Fotografía de JOSÉ LUIS AMO

Juan Antonio Fernández

ANUNCIO POR PALABRAS

Vendo certezas en buen uso.
Descuento para incrédulos y pesimistas.



Fotografía de JOSÉ LUIS AMO

Luis Miguel Olivares

COMO PÁJAROS EN DESBANDADA



Todo empezó, o mejor dicho, todo empezó a finalizar aquel día que, al ir a ponerse el reloj como hacía todas las mañanas al levantarse, no lo encontró encima de la mesilla de noche donde siempre lo dejaba. Buscó por todas partes sin encontrarlo hasta que, rendido y al borde de la desesperación, decidió abandonar la búsqueda que le estaba amargando el comienzo del día y optó por ir a la cocina a prepararse el desayuno. Cuando metió la mano en la caja de las galletas, notó un objeto extraño, que no era precisamente una galleta, era… ¡su reloj! Se sintió confuso, aturdido, como un boxeador a punto de desplomarse sobre la lona al recibir un golpe brutal.

Tenía unos setenta y tantos años, y era un hombre metódico y meticuloso, que hacía bastantes años había comprado un libro con las páginas en blanco que, a modo de diario, en ocasiones iba rellenando con las experiencias vividas y donde reflejaba las sensaciones de alegrías y tristezas que acompañaba con fotos y otros recuerdos que guardaba entre sus páginas.

Todo siguió el día que su hija le preguntó: «Papá, ¿cómo me llamo?»… y no supo contestar. Al día siguiente, desesperado y en un arrebato de rabia, intentó localizar el libro por toda la casa… ¡ese libro era la llave de su memoria!, hasta que por azar lo encontró debajo de su cama tapado con un paño. Tal era el cariño que sentía por ese libro, que lo quería tener cerca de él cuando dormía y lo había arropado como si fuera un niño. Rápidamente lo abrió conteniendo la respiración y comprobó, estupefacto, que todas las páginas estaban en blanco ¡igual que cuando lo compró! Todas las letras, las palabras, las fotografías habían volado como pájaros en desbandada ante el seco estampido del disparo de un cazador. Sin embargo, en la última página, escrita con letra irregular y difusa, podía leerse la frase: «Escrito por Alzheimer». Entonces una lágrima resbaló por su mejilla y fue a caer encima de ese misterioso nombre que también quedó borrado.

Días después de su fallecimiento, cuando su hija separaba y recogía los enseres de la casa de su padre, encontró entre sus ropas el libro que él había escrito. Lo leyó detenidamente, observó todas las fotografías y demás recuerdos ocultos entre sus páginas y, cuando terminó, otra lágrima suya cayó sobre el libro, pero ésta no borró ninguna palabra. Los pájaros habían regresado.

Alberto Ordiz

ÉRASE UNA VEZ...



Fotografía de JOSÉ LUIS AMO

Se acercó a su hija, la tan anhelada. Su carita colorada, con sus gemiditos y sus ojos cerrados a punto de llorar como consecuencia tal vez de los gases de su tripita, le conmovía. Para tratar de calmarla la acarició, la tomó en brazos, la aproximó a su pecho y, dándole unos pequeños golpecitos en su espalda, fue testigo de cómo, debido al calor que le transmitía, a su arrullo y a que los golpecitos hacían que poco a poco se liberara el gas acumulado en la digestión, los gemidos se transformaban primero en pucheritos y luego en una paz infinita. La bebita se quedó así dormida en sus brazos y él, tras depositarla suavemente en la cuna, se quedó extasiado, como siempre que contemplaba aquel rostro apoyado ahora sobre la sábana y veía sus puñitos cerrados reposando a ambos lados de la cara.

De repente le embargó una certeza, y con ella un desasosiego. Aquella pequeña criatura iba a pasar por todas las fases que él había pasado en su infancia, y era de prever que también ella sentiría miedos parecidos a los suyos. Ya no podía recordar muchos detalles, pero aún se acordaba de su angustia cuando el lobo conseguía engañar a los cabritillos, o cuando Isabel se ponía por Carnaval aquella careta de ogro que tanto le aterrorizaba, por no hablar de aquel enorme paraguas negro de Pedro, abierto y acercándose inexorable en medio de la lluvia como si fuera un monstruo que fuera a atacarle. Tal vez ella también soñaría con enormes olas rompiendo en la tormenta contra el espigón del muelle ¡y lanzando chorros de espuma que le empapaban la cara como un fuerte chaparrón!, y entonces se despertaría llorando y llamando a sus papás.

Y le invadió la urgencia de acudir en su auxilio con las mismas armas que él había

tenido. Recordó sus primeras lecturas en el colegio, y cómo los cuentos de hadas chinos y las aventuras de la Abeja Perezosa que su tía le había regalado le habían abierto la mente a un mundo donde las emociones construían un mundo de ilusión y fortaleza. Un mundo donde los ratoncitos no se comían las provisiones que su madre guardaba en la despensa, sino que eran sus aliados. Y donde las gaviotas le elevaban sobre su lomo a un espacio libre de vientos en el que la espuma de la tempestad no solo no podía causarle temor, sino que se transformaba en la suave caricia de las olas lamiendo sus pies descalzos en la orilla de la playa.

Y recordó también aquellas tardes en que, con los ojos tan abiertos como sus oídos y sus mejillas coloradas por la gran concentración, al oír por la radio las aventuras del Sastrecillo Valiente, se sentía él mismo ese sastrecillo capaz de derrotar a gigantes. ¡O como Periquín subiendo a la planta de las habichuelas mágicas a por la gallina de los huevos de oro!

Aquellos amigos que tantas noches le habían ayudado a conciliar el sueño, dejándolo a salvo de sus miedos infantiles ¿dónde estaban ahora? Apenas los vislumbraba en este mundo dominado por la imagen fugaz, la sensación instantánea y el olvido inmediato; un mundo que deposita sus esperanzas en inteligencias artificiales... ¿Deberían Lola y él confiar en que una inteligencia artificial ayudaría a Martita a superar sus temores infantiles?

Fue entonces cuando se decidió: sería él quien escribiría historias nuevas para su hija. Él sería quien creara al Gigante Bueno y al Hada de la Felicidad, amigos que la ayudarían a encontrar su propio camino en la vida. Con total determinación cogió su viejo cuaderno abandonado, lleno de tachaduras, garabatos, bocetos y proyectos inacabados, y en una hoja nueva y reluciente comenzó a escribir «Érase una vez una niña…», seguro de que, cuando Martita aprendiera a leer, aquellos pequeños cuentos le ayudarían a sentir la confianza que da tener a su lado un Gigante Bueno.

Jerónimo Román



VISITA AL CARDIÓLOGO

«Relato basado en hechos reales»



Ocurrió cuando yo tendría unos cuarenta años. Fue consecuencia de una acumulación de tareas en mi trabajo, que duró unos meses y terminó por pasarme factura: estrés e insomnio. Me levantaba cada mañana muy cansado.

Recuerdo que cuando yo era pequeño vivimos unos años en un pueblo, a cincuenta kilómetros de Sevilla. No sé muy bien la dolencia que entonces padeció mi padre para tener que visitar también a un cardiólogo. El resultado de la visita fue un tratamiento de gotas diarias durante unos meses. Al final del tratamiento, todo quedó como una anécdota más dentro de los asuntos de familia. Entre los papeles y documentos familiares que guardo, conservo el diagnóstico y la factura de los honorarios médicos.

El recuerdo lejano de esa visita que mi padre hizo al cardiólogo, más o menos con mi misma edad, y lo mal que yo me sentía con la acumulación de tareas hicieron que tomara la misma decisión.

La consulta estaba situada en un lujoso piso del paseo del Pintor Rosales. Siempre he pensado que hay pisos magníficos, que se venden por metros cúbicos, en lugar de metros cuadrados.

En seguida, pasé a la consulta del doctor. En mi apreciación, el doctor tendría una edad rondando los sesenta años. Después de saludarnos, nos sentamos y me pidió, con mucho agrado, que le contara lo que me sucedía.

Mientras le transmitía todos mis síntomas con preocupación y nerviosismo, él me escuchaba y escribía. Si yo me detenía en algún momento, él dejaba de escribir y me miraba.

Cuando por fin mi relato de dolencias concluyó, se levantó y me dijo: –Acompáñeme, le voy a mirar por rayos. Será muy breve, menos de un minuto.

Entramos en un cuarto muy pequeño y él se puso un peto protector. Seguidamente dijo: –Efectivamente, ya he visto lo que necesitaba comprobar.

Salimos del cuartito y regresamos a su despacho. Yo, seguramente sudando –no lo recuerdo bien– me decía a mí mismo: ¿Qué habrá visto?

Una vez sentados nuevamente, él se puso a escribir. Para mí, ese par de minutos de espera en silencio se hicieron eternos. Hasta que, por fin me miró y me dijo: –Usted está bien, no tiene ningún problema de corazón. Lo que tiene es un gran episodio de estrés. Y continuó: –Le voy a recetar un tranquilizante para que descanse bien por las noches durante el tiempo que le duren esas tareas nuevas que le han asignado.

Creo que, al oír su diagnóstico, mi cara cambió a la de felicidad y júbilo. No me pude contener y le pregunté: –¿Entonces, doctor, puedo comer y beber de todo? Y antes de que él pudiera contestarme, le solté una serie de marcas de bebidas y comidas *gourmet* que yo apreciaba.

El doctor, sin dejar de mirarme y de escucharme con toda su atención, esperó a que terminara mi recital de los productos culinarios que tanto me gustaban…

Finalmente me dijo: –Sí, usted puede tomar de todo lo que me ha dicho que le gusta. Pero tienen que ser siempre de la mejor calidad y precio, y, como seguramente no va a poder pagarlos, usted comerá y beberá poco y se encontrará muy saludable en los años venideros. Hágame caso.

Terminada la consulta, le di las gracias y nos despedimos.

Cuando salí a la calle, me sentí un poco avergonzado, pero ¡feliz!

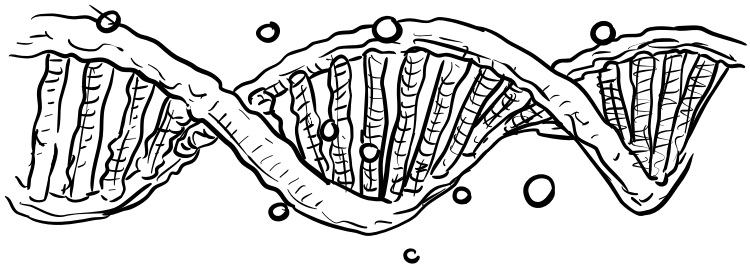


Dibujo de PILAR GÁLVEZ

VOCES PROPIAS (ENSAYO)

Manuel Megia

UNA REFLEXIÓN SOBRE EL NÚMERO DE ANCESTROS



Cualquier persona va duplicando su número de ancestros por generación según se retrocede hacia las generaciones del pasado. Esto es claro: toda persona (generación 0) tiene dos progenitores –su madre y su padre– (generación -1) y cada uno de ellos tiene, a su vez, otros dos; es decir, en la segunda generación hacia el pasado esa persona de la generación 0 tiene cuatro ancestros; por lo tanto, el número total de ancestros de todas las generaciones hasta la generación G-2 sería 6 = 2 + 4, y así sucesivamente.

A corto plazo esto no parece presentar ningún problema; sin embargo, cuando retrocedemos en el tiempo, el número de ancestros va creciendo exponencialmente, de forma que, con una media de 20 años por generación, si miramos mil años hacia atrás –unas 50 generaciones– la suma de todos los ancestros de las 50 generaciones sería de más de dos mil billones (un 2 seguido de 15 ceros) para una sola persona.

Puesto que el número total de personas que han vivido sobre la tierra desde el principio de los tiempos se ha cifrado en unos 117.000 millones –cuatro órdenes de magnitud, 20.000 veces menor que la cifra anterior–, es evidente que la hipótesis del crecimiento exponencial requiere alguna reflexión para su adecuada comprensión.

Veamos cómo: Si nos remontamos hacia atrás en el tiempo, no hay duda de que el número de ancestros de cualquier persona actual crece de forma exponencial hacia el pasado. No obstante, esos ancestros son ancestros nominales, pero no necesariamente tienen que ser personas diferentes; es decir, una misma persona puede ser antepasado nuestro varias veces. La respuesta, por tanto, está en el incesto, considerado en sentido amplio y despojado de la carga negativa de que le dota la cultura occidental –heredera, sobre todo, de la tradición judeocristiana–.

«*El incesto ha existido con anterioridad al desarrollo del arte o de la escritura. Quienes acepten el origen humano como una sucesión de generaciones, formada por la primera pareja humana, podrán encontrar ejemplos bíblicos de admisión del incesto. Es indudable que la tercera generación, representada por los nietos de Adán y Eva, fue procreada por medio del acceso carnal entre hermanos y hermanas. Queda también fuera de duda que la procreación sucesiva tuvo que originarse, por lo menos, en la relación entre primos hermanos.*» (White, 2004). Viveiros de Castro afirma que, en el período fetichista de la humanidad, en que dominaban preponderantemente los instintos de la nutrición y de la reproducción, el incesto era un acto natural y legítimo.

El supuesto más drástico que limita el número de ancestros diferentes se concreta en que los padres de un individuo sean hermanos de padre y madre. En ese caso es claro que los abuelos del individuo serán solo dos sujetos diferentes y no los cuatro nominales, ya que sus abuelos paternos y maternos serían los mismos sujetos. Esta situación –en teoría– podría propagarse indefinidamente hacia el pasado, de tal forma que cada generación solo aportaría dos antepasados diferentes al total. De acuerdo con esto, el número mínimo total de antepasados diferentes acumulados hacia el pasado sería simplemente dos por cada generación. Para el caso de 50 generaciones, solo 100 antepasados.

Un caso menos radical de limitar el número de ancestros de un individuo de la generación G0 se concreta a partir de considerar que tal sujeto puede tener un padre de la generación G-1 y una madre de la generación G-2 (su «abuela»), que estaría contada dos veces en el cómputo del número de sus antepasados: madre y abuela, aunque se trataría de una sola persona. En esa misma línea, la madre podría ser de la generación G-1 y el padre de la generación G-2 (su «abuelo»), que estaría contado dos veces como ancestro: padre y abuelo. Esto es, habrá muchos ancestros «duplicados» e incluso «triplicados» –o más, si la madre o el padre pudieran ser a la vez abuela y bisabuela y abuelo y bisabuelo y tatarabuelo, respectivamente–. En todo caso, la existencia de antepasados redundantes se proyecta hacia el pasado de forma exponencial, con lo que disminuye en la misma medida el número de antepasados diferentes.

Las reflexiones anteriores ponen de manifiesto con claridad que, tras un determinado número de episodios de redundancia en varios individuos de muchas generaciones, el número total de antepasados diferentes de un sujeto determinado será muy inferior al que correspondería al simple crecimiento exponencial, cuyo número se duplicaría por cada generación.

Cinthia Nicolini

EL MITO DEL DOBLE: *EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE*, DE STEVENSON

Para conocer en profundidad este mito podemos remontarnos a la cultura egipcia y el «doble espíritu» de Ka, o a la mitología griega, cuando Zeus toma la apariencia de Anfitrión para unirse a Alcmena, o al mito artúrico, cuando el rey Uther Pendragon se convierte en el marido de Igraine para poder estar con ella, o a los llamados *vardøger* de la mitología nórdica o los *etiäinen* del folclore finés, conocidos ambos como un doble fantasma o una forma de bilocación, términos estos que se trasladarían a la cultura germánica como *doppelgänger*, cuya traducción sería algo así como «doble andante».



El término *doppelgänger* fue acuñado por el novelista Jean Paul en 1796, en su obra conocida como *Siebenkäs*, cuya trama narra la historia de un hombre infelizmente casado que acude a su doble por consejos y este le recomienda que finja su propia muerte. A partir de entonces, se ha utilizado su neologismo para designar a cualquier doble de una persona, haciendo referencia al «doble malvado».

Son muchos los ejemplos en la literatura que abordan el tema del doble. Por citar solo algunos: *Los elixires del diablo*, de Hoffman; *El retrato de Dorian Gray*, de Wilde; *El doble*, de Fiodor Dostoievski, *Rayuela* de Cortázar (uno de sus personajes se llama precisamente Doppelgänger); el primer capítulo de la novela *Cicatrices*, del escritor argentino Juan José Saer; *El hombre duplicado*, de Saramago; *El otro,* de Tryon; o *Borges y yo*, de Borges, entre otros. También, el tema del doble ha sido utilizado para lograr un efecto cómico en comedias como *Anfitrión* de Plauto, Molière, o *La comedia de las equivocaciones*, de Shakespeare.

En la obra de Stevenson el tema del doble se aborda desde una problemática psicológico-social. Los personajes viven en una sociedad victoriana encorsetada en la que priman las convenciones sociales, las apariencias, lo superficial. La preocupación permanente es el «qué dirán», por eso es tan importante mostrar solo la fachada de lo que se es, lo que

Jung denominó la máscara. La sometida Londres de Stevenson revela al mismo tiempo las pasiones más turbulentas que se agitan en la ciudad.

Mr. Hyde es el doble monstruoso del reconocido médico londinense Dr. Jekyll. Mr. Hyde cumple la función de lo que en la psicología junguiana se conoce como la Sombra, es decir, esos aspectos inconscientes que están desintegrados, inaccesibles, no reconocidos, son disfuncionales o la propia psique los rechaza. Podemos decir que, en términos nietzscheanos, Dr. Jekyll encarna los valores apolíneos, y Mr. Hyde, los dionisíacos.

Desde el punto de vista lingüístico, es interesante cómo el autor juega con los nombres de los personajes: así, Hyde alude en inglés a aquello que está escondido (*hide* = 'esconder' en inglés) y Jekyll, alude a *Je* = 'yo' (en francés); *kill* = 'matar' (en inglés). De esta manera, el Dr. Jekyll mata a su Sombra, la parte escondida de sí mismo, aquella que le permite salir de las convenciones sociales, el propio deseo de ser otro, y de esta forma, se mata así mismo.

El tema del doble se refleja y se potencia a lo largo de toda la narración a través de contrastes como las partes de la ciudad (honesta vs depravada); las virtudes públicas vs los vicios ocultos; la luz frente a la oscuridad; el bien y el mal; el hombre y la bestia, la civilización y la barbarie, etc. De igual modo, el autor despliega una serie de opuestos que se entremezclan entre sí, mostrando que no todo es tan blanco o negro, sino que cada aspecto está contaminado por el otro. Este mito, de tanta pervivencia en el arte y la literatura occidental, refleja y proyecta los propios miedos del ser humano: poner en evidencia las partes más oscuras de uno mismo.

Parafraseando a Nietzsche, podemos concluir diciendo que no hay nada más aterrador que cuando uno se mira al espejo, la propia imagen le devuelva la mirada. Como en *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, siempre existe el riesgo de convertirse en el propio monstruo.

PÁGINAS COMPARTIDAS

Begoña Cistué

LA UNIÓN DEL PUEBLO COMO FORMA DE ACABAR CON LAS INJUSTICIAS

Fuente Obejuna, pueblo de Córdoba cuyos vecinos ajusticiaron a su comendador, Fernán Gómez, en 1476, durante el paso de la sociedad medieval a la sociedad monárquica de los Reyes Católicos. *Fuenteovejuna*, tragicomedia de 1619 en la que Lope de Vega recrea este suceso y reflexiona sobre el poder, la violencia, el honor y la resistencia colectiva.

La última versión de esta obra de la Compañía Nacional de Teatro Clásico, dirigida por Rakel Camacho y adaptada por María Folguera, es una relectura que pone el foco en la importancia de la acción comunitaria para hacer frente a las tiranías, de tal manera que se vuelve un texto contemporáneo. Sin cambiar apenas los versos del dramaturgo, la representación impacta con especial violencia al espectador, que puede reflexionar a partir de un texto clásico sobre la situación política y social actual. Son los distintos elementos de la puesta en escena los que logran este efecto.

En primer lugar, el vestuario diferencia claramente a los villanos del comendador y sus vasallos, mezclando modernidad y tradición en el de los primeros. Además, este cambia en las escenas de venganza contra Fernán Gómez, asemejando al pueblo a una tribu que va de caza. La música y la coreogra–fía son también elementos muy sensoriales, que conectan con la tradición musical de los pueblos y del teatro, lo que, en un momento como el actual en el que aumenta el interés por el folclore, vuelve más contemporánea la obra.

Esta versión plasma la violencia de forma directa, mostrando en escena todo lo que Lope escribió: los abusos, las heridas, la sangre, la desnudez y, finalmente, el asesinato de Fernán Gómez por parte de los villanos y las torturas de los jueces enviados por los Reyes Católicos. La furia y el dolor contrastan con los cuidados que se brindan los habitantes del pueblo, quienes se apoyan tras los momentos de atropello sufridos a manos de su superior. Los villanos actúan como una comunidad en la que las acciones de unos influyen en las de los demás, lo que les da la fuerza necesaria para resistir frente a los abusos del comendador y no ser castigados por los Reyes por ello. La fuerza que imprimen los actores a su voz al denunciar la tiranía al llamar a sus coetáneos a la lucha o al no confesar incide también en la importancia de la colectividad como forma de reaccionar ante los abusos del poder.

A todos estos elementos se suma, como bro–

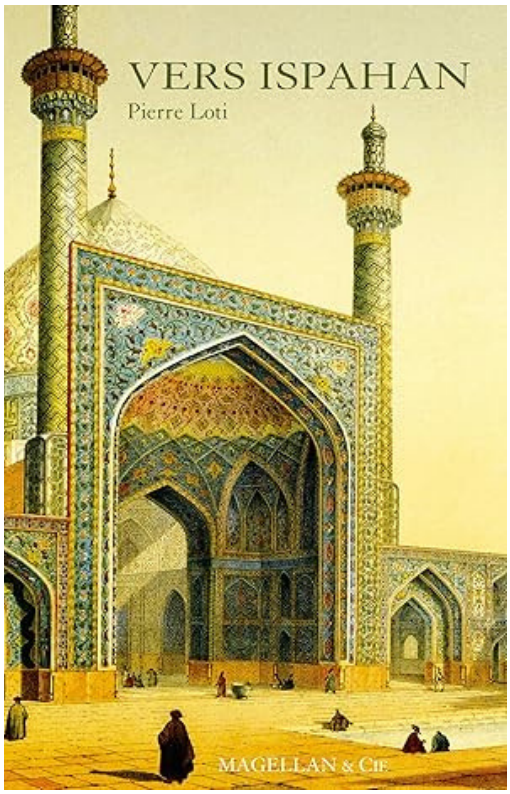
che final, la última escena, en la que los personajes aparecen vistiendo *kufiyas* –pañuelo típico palestino que se ha convertido en símbolo de la resistencia de este pueblo a la invasión israelí–, al tiempo que Frondoso recita los últimos versos, una estrofa de Víctor Jara que sustituye los originales escritos por Lope de Vega. Así, esta representación conecta un hecho histórico y literario con el valor de la organización popular en las luchas presentes.



Diego Jiménez

HACIA ISPAHÁN: LA ÚLTIMA MIRADA DE ORIENTE EN PIERRE LOTI

En *Hacia Ispahán* (*Vers Ispahan*, 1904), Pierre Loti nos ofrece una de sus últimas grandes crónicas de viaje antes del declive del orientalismo clásico. Este relato, fruto de su travesía entre abril y junio de 1900 por la antigua Persia –territorio que hoy corresponde en su mayor parte a Irán–, condensa muchos de los rasgos que definieron la escritura de Loti: una prosa sensorial, melancólica y profundamente escenográfica, movida más por el deseo de imaginar que por el afán de comprender.



Loti, marino y viajero incansable, visitó Persia como parte de una misión diplomática francesa. Pero más allá del contexto oficial, el relato tiene un pulso íntimo: es el viaje de un esteta que busca, en el oriente persa, la última manifestación de una belleza intacta. De Chiraz a Teherán, pasando por Ispahán –ciudad que da título al libro y que encarna el ideal estético de la civilización persa–, el autor se detiene ante mezquitas, bazares, ruinas y caravasares con una mirada a medio camino entre el embeleso y la elegía.

La Persia de Loti es, sobre todo, una Persia imaginada. El paisaje aparece envuelto en una luz casi irreal, teñido por una atmósfera de ocaso. Hay en todo el libro una conciencia crepuscular, como si el autor percibiera que ese Oriente que durante siglos fascinó a Europa estaba por desaparecer, no solo por la modernización que ya se insinuaba, sino también por el desgaste del propio impulso orientalista. En ese sentido, Hacia Ispahán puede leerse como una despedida: la de un escritor que presiente que su forma de ver –y de escribir– el mundo está quedando atrás.

Como en otras obras suyas, Loti no busca comprender la cultura que atraviesa, sino contemplarla. Esto hace que su escritura sea más lírica que analítica, más visual que

conceptual. Su Persia está habitada por silencios, gestos, colores y aromas; es una escenografía sublime que se resiste a la historia, al conflicto y al cambio. Esta actitud, si bien coherente con su estilo, resulta problemática desde una mirada contemporánea, pues reduce lo persa a una imagen estática, casi fuera del tiempo.



PIERRE LOTI

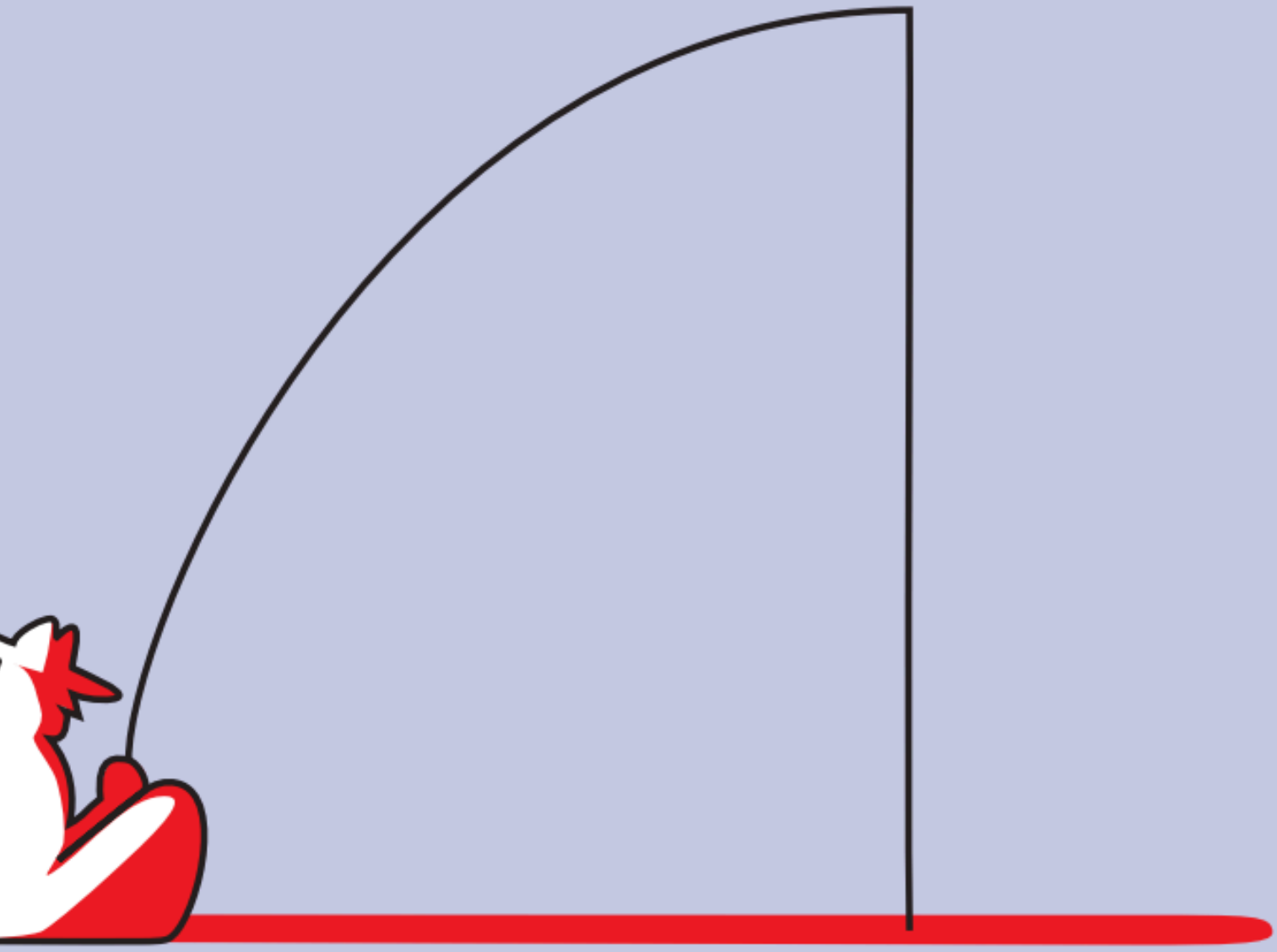
Y, sin embargo, *Hacia Ispahán* conserva un extraño poder de seducción. Su prosa envolvente, su ritmo pausado, la sensibilidad casi cinematográfica con la que describe espacios y atmósferas, logran que el lector entre en un estado de contemplación suspendida. Como documento literario, el libro es valioso no por lo que revela de Persia, sino por lo que dice de la Europa que soñó.

En suma, *Hacia Ispahán* es menos un viaje al corazón de Irán que un viaje al corazón de un imaginario. Escrito en el crepúsculo de una era, el libro ofrece la última mirada romántica de Oriente antes de que el siglo XX impusiera otros ritmos, otras preguntas y otros relatos.

Edición manejada:

Pierre Loti, *Persia (Hacia Ispahán)* (traducción de Vicente Díez de Tejada), en *Viajes*, Barcelona: Planeta, 1958, pp. 639-849.

Actualmente, esta obra está descatalogada en su traducción al español. Solo puede adquirirse en librerías de segunda mano.



«CIERRA CON LLAVE TUS BIBLIOTECAS SI QUIERES, PERO NO HAY BARRERA, CERRADURA, NI CERROJO QUE PUEDAS IMPONER A LA LIBERTAD DE MI MENTE»

Virginia Woolf

©

JUNCO